

Un profesor de Sierra-Pambley en Cuba: el Martí de Herminio Almendros

Isabel CANTÓN MAYO y José Enrique MARTÍNEZ FERNÁNDEZ
Universidad de León

Herminio Almendros Ibáñez: rasgos biográficos.

Herminio Almendros nació el 9 de octubre 1898 en Almansa (Albacete), lugar en el que pasaría sus periodos de descanso; allí realizó educación primaria, trasladándose en 1914 a Alicante en cuya Escuela Normal cursó Magisterio con brillantes resultados. Al finalizar estos estudios volvió a su pueblo y trabajó como maestro en la escuela. Más tarde, en 1921, ingresó en la Escuela Superior del Magisterio de Madrid, donde contactó con los hombres de la ILE, con cuyas ideas se sintió pronto identificado y de donde salió con plaza de inspector, aunque tardó unos años en obtenerla.

Mientras aparecía un destino ocupó la Escuela Sierra-Pambley de Villablino y contrajo matrimonio con María Cuyás, también maestra y más tarde inspectora, con la que tuvo tres hijos, uno de los cuales es el conocido cineasta Néstor Almendros. Parémonos en este punto (*Vid.* Cantón Mayo 1995, 233-239). Almendros fue nombrado tercer Profesor y Director de la Escuela de Villablino, en sustitución de Baudilio Riesco, en Febrero de 1926¹. Apenas un mes después de su llegada a Villablino, recibió la visita del inspector Caso, que presencié algunas clases de Almendros, magistrales, de elevado nivel, impartidas más para el inspector que lo supervisaba que para los alumnos. Caso orientó al profesor sobre la metodología y le pidió que bajara el nivel hasta adecuarlo al de los alumnos de Villablino. Almendros entendió lo que Caso le pedía y cambió inmediatamente: «La lección no cayó en saco roto» escribiría el inspector en su informe².

Siguiendo indicaciones comunes para todos los maestros de Sierra-Pambley, Almendros enviaba a José de Caso y a Bartolomé Cossío sus impresiones. Escribía un tanto poética y melancólicamente: «Conmigo aquí en este valle la vida serena y un tanto solitaria. Nunca he estado mal avenido con la soledad, cuando menos ahora en que tengo un interés inmediato con que alimentarla. No hablo de

¹ Actas del Patronato de la Fundación Sierra-Pambley (en adelante, FSP) de 26-2-1926

² *Ibidem.*

adaptación al medio físico, porque mi salud no entiende todavía de pequeñas diferencias. Me encuentro muy bien”³. Reconocido su error inicial de perspectiva al enfrentarse con los chicos, informado sobre el tipo de alumnos, que esperaba que tuvieran un nivel mental más uniforme y más conocimientos, su adecuación fue perfecta. Se le había contratado para una Escuela profesional y tuvo que completar una primaria muy deficiente; pero no se desanimó y decidió que tendría que ajustar el tiempo, el método y las condiciones, a los alumnos. La adaptación de Almendros fue rápida y precisa. El Patronato mostró pronto gran confianza en él, como profesor y como director, interesándose por sus proyectos e intenciones futuras con el fin de intentar confirmarlo definitivamente en Villablino y alejar así la inestabilidad definitivamente. Pero Almendros no podía responder: «Mis proyectos, aunque parece que en estos últimos tiempos presentan una perspectiva favorable, no son lo suficientemente concretos –dependen de una decisión en la que no puedo intervenir yo sólo– para poder declararlos, pues tal sería mi deseo que pudiera resultar disparatado»⁴.

El proyecto del que hablaba Almendros era su matrimonio con María Cuyás –cuyos padres no querían que se alejara de Cataluña–, decidido en el verano de 1926 y realizado en las vacaciones de Navidad, pasando luego los dos a residir en Villablino. La esposa se iba a Cataluña para el nacimiento de los hijos y la vida de Almendros transcurría en Villablino evitando roces y cediendo –como les recomendaba sin cesar Cossío– para hacer llevadera la convivencia.

La llegada de Almendros a Villablino había estado precedida de cierta agitación social seguida muy de cerca por Cossío. Bullían en la zona dos instituciones muy ligadas a la Escuela Sierra-Pambley: la *Liga de Amigos de la Escuela* y la *Cooperativa Lacianega*. En ambas instituciones jugó Almendros un papel conciliador interviniendo en nombre de la Fundación y como informante de Cossío, siguiendo su teoría de lo inseparable de la función docente y la acción social.

Almendros y su esposa permanecieron en Villablino hasta el verano de 1928; este último año, por cierto, también fue profesora de la misma escuela María Cuyás; pero al obtener él plaza de Inspector, el matrimonio dejó Villablino en Julio, tomando Almendros posesión en Septiembre de su plaza de Inspector en Lérida⁵.

³ Epistolario de Almendros a Cossío, 19-4-1926 (AFSP).

⁴ Almendros- Caso, 27-7-1926 (AFSP).

⁵ Un artículo de Waldo Merino corrobora estos aspectos de estancia del matrimonio Almendros-Cuyás y de la carencia documental en el Registro de Villablino respecto al nacimiento de sus hijos. Discrepamos sin embargo de las fechas dadas sobre la estancia del matrimonio en Villablino que afirma ser de 1926-1931, cuando en realidad son de 1926 a 1928, fecha en que es destinado a la Inspección de Lérida. (Vid. Merino, W. 1992, y Cantón Mayo, 1995, 233-239).

En la Escuela de Sierra-Pambley de Villablino, Almendros se volcó en el estudio y se preocupó por la metodología, marcándose como objetivo el lograr el hábito lector y el cariño personal de los alumnos. No es este el lugar para referirse a su interés por las obras clásicas, como el *Lazarillo*, o por adaptaciones de Lope de Vega, por ejemplo, a través de las cuales quería superar la dicotomía entre lo agradable y lo instructivo, pues, a su parecer, la realidad debía ser mostrada de la manera más bella posible, según el ejemplo de Antoniorrobles, para quien los cuentos habían de ser tan agradables como un domingo. Tampoco es éste el lugar para airear sus innovaciones didácticas en la metodología y en los contenidos, ni su notable labor de dirección. Lo que está claro es la identificación de Almendros con los presupuestos institucionistas. Su admiración hacia Cossío y su obra, el cariño e ilusión que puso en la Escuela de Villablino, en la que introdujo importantes mejoras, distensión y normalidad, hicieron que el Patronato lamentara repetidamente su pérdida.

Almendros intervino también en la Cooperativa Lacianiega, que Ventura Alvarado —profesor de la Escuela Sierra-Pambley de Villablino— había fundado en 1914, bajo los auspicios de la Fundación, con el fin de que los pequeños productores pudieran competir con las fábricas queseras y mantequeras del Valle de Laciana. La Cooperativa pasó por distintas vicisitudes que no son del caso y, a la muerte de Ventura Alvarado, la Cooperativa, amenazada por las fábricas, recurrió a Herminio Almendros para salvarse. Almendros fue el Director Técnico, sin remuneración y sin descuidar la Escuela, durante breve tiempo, pero, al fin, decidió dedicarse únicamente a su labor docente. La Cooperativa acabaría extinguiéndose antes de la guerra civil por problemas económicos.

En 1928, como hemos indicado ya, obtuvo plaza de inspector en Lérida donde realizó una importante y fecunda labor en pro de la enseñanza pública. Se interesó vivamente por las nuevas directrices pedagógicas que hicieran salir a la Escuela de la inercia en que se movía desde hacía más de cincuenta años; en efecto, la enseñanza se basaba en los carteles y silabarios, las cuatro operaciones matemáticas básicas, los aprendizajes memorísticos y las oraciones del catecismo. Almendros «fue un pionero de la escuela moderna en España; de una educación situada en la vida y cara a la vida. En su búsqueda de caminos halló las técnicas Freinet y fue uno de sus propagadores más valiosos» (Alcobé 1975, 30).

De Lérida, Almendros pasó como inspector a Huesca y luego a Barcelona, donde compaginó sus tareas inspectoras con las docentes en la Universidad y la colaboración con el Ayuntamiento de Barcelona. En Lérida había conocido a Jesús Sanz, que había estado pensionado un año en el Instituto “Jean Jacques Rousseau” de Ginebra para aprender las “Técnicas Freinet” aplicadas a la Escuela. Almendros se convirtió pronto en su mayor difusor. Su entusiasmo e identificación con la obra de Freinet, a raíz del conocimiento del folleto *Plus de manuels scolaires*, se concretó en ansia de difusión. Pidió información a Freinet sobre su metodología y contactó con un grupo de maestros que se iniciaban en las técnicas de la Escuela activa. Su

segunda obra –la primera había sido *Pueblos y leyendas* (1929)– se tituló: *La imprenta en la escuela* (1932). En ella se describía el material, la organización del trabajo escolar y el método y las técnicas que se habían de emplear en la Escuela por los amantes de la nueva Pedagogía.

En el curso 1933-34 Almendros y Jesús Sanz eran profesores de la Escuela Normal de la Generalitat de Barcelona y organizaron una Cooperativa Española con las “Técnicas Freinet”, celebrando el primer Congreso en Lérida en Julio de 1934, con el propio Freinet. La República apoyó y favoreció sus proyectos renovadores. Almendros organizó, bajo la advocación de Cossío, los estudios de Pedagogía en la Universidad de Barcelona, de la que era profesor. Editó, además, un Boletín informativo llamado *Colaboración*, cuyo primer número apareció en Marzo de 1935.

En 1936 Almendros fue nombrado Inspector Jefe de la provincia de Barcelona. Desde allí promovió la creación de un centro que acogiera, en régimen de internado, a los niños que habían perdido a sus padres en la contienda civil. Para ello acondicionó como escuela-hogar un palacete en la falda del Tibidabo que llegó a tener ciento cincuenta niños y cuatro maestros. Utilizaban las “Técnicas Freinet” y editaban un periódico –*El Tibidabo*– que intercambiaban con la Escuela de Freinet en Vence (Francia). Siguió en Barcelona y participó en la *Escola Nova Unificada* en 1937, experiencia que recogía los frutos de las innovaciones catalanas del primer tercio de siglo. Durante ocho años se dedicó a consolidar la gigantesca obra cultural que había emprendido el gobierno, la Generalitat y las instituciones.

Su labor como Inspector y profesor fue fecunda: «Herminio Almendros era inspector de Enseñanza Primaria y, como tal, un funcionario. Pero era también y fundamentalmente un pedagogo, un maestro, que sentía y vivía las angustias, las esperanzas, las desesperanzas y los afanes de los maestros, a los que ayudaba en sus deseos de mejorar la educación. No imponía su jerarquía, no ejercitaba una burocracia; era guía, consejero, ayuda, orientación, que siempre estaba dispuesto a ofrecer, llana y sencillamente, a quienes día a día tenían que cumplir con la difícil misión de enseñar» (Alcobé 1975, 31).

De los inicios de su labor inspectora en Lérida recordaba la realidad de las escuelas españolas tradicionales, rutinarias, mal dotadas, apoyadas en la lección como técnica básica y en los consabidos recursos de la pizarra, el cuaderno y el libro de texto. Su preocupación por la forma y los contenidos de enseñanza le llevaron a publicar en 1929 una selección de las leyendas de distintos países clasificados por continentes: *Pueblos y leyendas*. Las ideas de la ILE y de las corrientes europeas de la Escuela Nueva tenían un difícil camino, se movían entre la ideología y un cierto idealismo. Almendros comenzó su labor inspectora pisando tierra: «me dispuse a recorrer el medio en el que había que actuar». Las enseñanzas de la ILE no habían sido en vano. Seguía fielmente su metodología; el primer paso era la realidad, no la teo-

ría, que habría que adaptar y ambientar acomodándose al contexto. Demasiado idealista su bagaje cultural para la cruda realidad, se agarró con fuerza a las "Técnicas Freinet" y las difundió por España, con la esperanza de introducir también una nueva formación del hombre más acorde con las ideas del progresismo y lejos de los planteamientos reaccionarios que había visto.

En 1939, al terminar la Guerra Civil, Almendros era ya una personalidad significativa y tuvo que huir de España, llegando a Vence, en Francia, el lugar de ubicación de la Escuela de Celestin Freinet, donde fue calurosa y amigablemente acogido. Allí estaban también los niños españoles escapados de la guerra. Recogemos el testimonio de Elise Freinet: «Acogerle fue para todos una alegría y un honor; días emotivos de amistad, con la cálida presencia de los niños de España que le rodeaban como si fuera el padre, haciéndole tantas preguntas sobre la guerra de ayer y la incertidumbre del mañana. Días de fecundas actividades pedagógicas pero también días sombríos para el proscrito a quien se rehusaba todo derecho a residir en Francia» (Vid. Alcobé 1975, 30-32). Por su parte, Almendros evocará con cariño y admiración su estancia con los Freinet en *A propósito de "la Edad de Oro"* (1956, 141-142). Estuvo allí varios meses pero la negativa francesa a autorizarle la residencia en el país, determinó una inmensa tragedia familiar; su esposa María Cuyás y sus hijos, después de una odisea, consiguieron reunirse de nuevo con él en el exilio, dirigiéndose todos, por consejo de su gran amigo Alejandro Casona, a Cuba, donde residieron desde 1940 y donde Almendros murió el 12 de octubre de 1974.

En Cuba revalidó sus títulos y regresó a las aulas; se graduó en la Universidad de Oriente y posteriormente enseñó en ella Filosofía de la Educación y Didáctica. Era la Cuba de Batista, y Almendros, leal a sus principios, fue cesado unas veces por indeseable y otras dimitió por incompatibilidad con los métodos tradicionales. Sus clases en la Universidad atrajeron a estudiantes del grupo de Sierra Maestra iniciadores de la revolución, con los que se sentía plenamente identificado.

Cuando Castro subió al poder, en 1959, la comunión de Almendros con sus ideas hizo que el ministro Armando Hart le nombrara Director General de Educación Rural. Las escuelas rurales habían sido una de sus preocupaciones constantes: las conocía bien y le dolía que fueran las discriminadas del sistema educativo. Su *Carta a un maestro de una escuela rural*, es una de las obras más destacadas de Almendros. Ocupó además otros cargos importantes relacionados con la Educación: Codirector de la Escuela Activa, Asesor Pedagógico del Instituto Cívico-Militar de Ceiba del Agua, Director General de Educación Rural, Asesor Técnico de Educación, Director Pedagógico de la Ciudad Escolar «Camilo Cienfuegos», Delegado de la Editora Nacional, Director de la Editora Juvenil, Delegado en la Dirección de Enseñanza del Ministerio de Fuerzas Armadas Revolucionarias, Técnico Asesor del Ministerio de Educación para la Formación de Maestros, Asesor Permanente de Literatura Infantil, etc. Su trabajo fue de gran actividad, tanto educadora como publicista respecto a las ideas en las que creyó.

El prestigio de Almendros fue grande en Cuba donde su obra y su estilo formaron a generaciones en las ideas castristas. Pensaba que la tarea docente no podía llevarse a cabo al margen de realidad social y política en que estaba inserta la escuela; «creía que la lucha en el plano político y en el educativo debían formar parte de un mismo anhelo y objetivo» (Blat Gimeno y Hernández Sánchez 1995). Su talante era excepcional: «Herminio Almendros, educador, escritor de talento, humanista, abierto a todas las ideas, bueno, sabio y modesto, es un ejemplo que estimula a trabajar más, a vivir con mayor intensidad, siempre con la esperanza puesta en el futuro» (Alcobé 1975, 32).

Almendros escribió no sólo de Pedagogía sino de otras muchas materias, siempre con un fondo insobornablemente didáctico. Fue hombre de pluma fácil y de amplia cultura, con numerosas y diversas obras en su haber que no consideramos necesario traer a cuento en este momento. Su labor se centró en lo pedagógico y en didácticas especiales. Por otra parte, las técnicas cooperativas de Freinet adaptadas por Almendros introdujeron en las escuelas el sentimiento social, la solidaridad y un modo nuevo de trabajar basado en la imprenta. Frente al estatismo tradicional se introdujeron en las aulas ensayos, tanteos y un espíritu investigador nuevo que pretendía acabar con la tradicional separación entre la escuela y la vida (Vid. Cantón Mayo 1995).

Almendros y José Martí

Es evidente que Almendros no conoció a José Martí: su llegada a Cuba en 1940 sucede muchos años después de la muerte del héroe cubano fallecido en las refriegas anteriores al 98. Sin embargo su admiración hacia él le llegó seguramente de ese gusto institucionista por el estudio y la identificación con el contexto. Hay también, objetivamente, cosas en Martí que Almendros no podía menos de compartir, como su desconfianza hacia los Estados Unidos. En efecto, Martí expresó en variadas ocasiones sus recelos hacia el impulso expansionista del vecino del norte: “Desde la cuna soñó en estos dominios el pueblo del Norte, con el ‘nada sería más conveniente’ de Jefferson; con el verso de Sewall que va de boca en boca, ‘vuestro es el continente entero y sin límites’; con la ‘unificación continental’ de Everett; con la ‘unión comercial’ de Douglas, con la ‘necesidad de extirpar en Cuba’ de Blaine...” (Vid. Vitier, 1997, 191).

Otros dos aspectos comparte Almendros con Martí, según señala A. del Río (1946): por un lado, la preferencia por el ensayo sobre los otros géneros literarios, preferencia que se abrió espacio dentro del crecimiento del periodismo moderno; Martí hizo de su periodismo un ensayismo de corte crítico y artístico, y de fuerte contenido ideológico, como de contenido ideológico es la biografía que Almendros trazó de Martí: por otro lado, compartían ambos la idea de cruzada intelectual y de aleccionamiento del país; de ahí que la biografía de Martí escrita por Almendros sea todo un tratado ejemplarizante y de un alto contenido de piedad y modelismo laico.

Una diferencia separa, sin embargo, al biógrafo del biografiado: mientras Martí fue siempre un hombre de acción, Almendros lo fue de pensamiento, y sus acciones fueron puramente didácticas, reducidas, pues, al campo educativo. Amén del artículo titulado "Notas sobre Martí innovador en el idioma" (1967), Almendros dedicó dos libros al estudio de Martí y su obra: *A propósito de "La Edad de Oro" de José Martí. Notas sobre literatura infantil* (1956) y la biografía titulada *Nuestro Martí* (1965).

En el artículo mencionado, Almendros se pregunta por las razones que motivaron el profundo cambio que se produjo en el castellano literario del último cuarto del siglo XIX, que quedó dotado de "una agilidad y un vigor nuevos", y aunque reconoce lo que un idioma tiene de creación colectiva, pondera la acción individual como la auténticamente innovadora; la mayor fuerza creadora de Martí, dotado de excepcionales cualidades personales, residiría en su "sintaxis de vuelos originales", pero también en el vocabulario, "que amplía y crea" desde la fidelidad a las raíces del idioma. Almendros ilustra lo dicho con una ristra de ochenta y dos voces tomadas de los textos de Martí, "voces poco usadas, o voces nuevas formadas por el escritor", como "festosa", "terrívaros", "frivoleos", etc., etc. El carácter innovador de Martí lo cifra en una actitud ejemplar resumida en esta máxima del escritor: "Usaré lo antiguo cuando sea bueno y crearé lo nuevo cuando sea necesario".

De mayor alcance son los libros arriba citados, sobre todo el primero, *A propósito de "La Edad de Oro" de José Martí*. Como se sabe, de *La Edad de Oro*, dedicada a los niños de América, se publicaron únicamente cuatro números, entre julio y octubre de 1889; sus treinta y dos páginas, enteramente redactadas por Martí, acogían artículos, cuentos y poemas. En 1905, muerto ya Martí, se editaron los cuatro números conjuntamente en libro y desde entonces ha tenido múltiples reediciones. Almendros se acercó con curiosidad y sorpresa a la literatura infantil de Martí, estudió minuciosamente *La Edad de Oro* y, partiendo de las "ideas precursoras y preclaras normas para ejemplares intentos de una literatura infantil de nuestra época" (13)* que observó en la revista, realizó una verdadera propuesta de literatura infantil y juvenil. Se trata, en suma, de contemplar *La Edad de oro* de Martí como "ejemplo y guía" (49) de una literatura para niños de nuestro tiempo, de los tiempos modernos.

A la altura de 1898, una revista para niños en los países hispanoamericanos era algo inusitado. Traza Almendros el origen y proceso de los periódicos o revistas para niños, algo en lo que no debemos pararnos aquí; sin embargo, sí conviene señalar que para Almendros las revistas infantiles del momento –recordemos la fecha de publicación, 1956– habían caído en gran degeneración, de manera que sus

* La cifras entre paréntesis remiten a las páginas de *A propósito de "la Edad de oro"* (1956) (vid. referencias bibliográficas).

contenidos reales y subliminales contrastaban con los propósitos morales y educativos de *La Edad de oro*. Señala Almendros dos grandes modalidades en las revistas infantiles de su tiempo, es decir, de mediados de nuestro siglo: por un lado, los *comics*, cuya influencia se extiende con las posteriores películas de dibujos animados; Almendros ve en ellos actitudes fascistas (28), deformación (30), contenidos violentos (31), comicidad estúpida (38-39), mal gusto, chabacanería, frivolidad egoísta y degradante (40), evasión obsesiva en los pequeños lectores (41), etc.; por otro lado, revistas de menor influencia, hechas con la buena intención de servir de suplemento de información a lo que se enseña en la escuela; no las juzga Almendros con severidad, pero no ve en ellas el mínimo valor. En contraste con una y otra modalidad, al *Martí de La Edad de Oro* lo guió un propósito moral y humano y una función educativa: "El señalar el ideal de madre y ayudar a realizarlo en las niñas, y señalar el ideal de caballero, quiere decir del hombre de veras, a que ha de tender el niño" (45), y "trabajar, trabajar; el trabajo, y ser bueno y hacer el bien, y ser útil a los demás y servir de algo... ¡Señor, qué generoso programa de ideal humano!" (47).

Resumiendo mucho las ideas de Almendros, digamos que, a su parecer, los criterios con que se compuso *La Edad de oro*, y que deben ser "ejemplo y guía" de la literatura para niños, son: realismo, instrucción y recreo, sencillez y claridad de estilo, literatura de nuevos horizontes para tiempos modernos en respuesta a los intereses de las nuevas generaciones, y anticonformismo, anticonvencionalismo, sinceridad.

Literatura realista quiere decir para Almendros "aquella que compone y construye captando y manejando sobriamente los datos y las particularidades de las cosas y los hechos de la vida real inmediata, y relaciona felizmente el pensamiento con esas cosas, ideas y hechos objetivos" (51), sin que ello suponga eliminar la fantasía, las ficciones, pero presentándolas como tales. Tal criterio fue el que guió a Martí, para quien la realidad y la vida eran el primordial recurso formativo. Con tales consideraciones es lógico que Almendros deseche como lectura infantil apropiada los cuentos mítico-legendarios de venerable antigüedad o los de carácter tradicional, cuyo modelo podría ser Perrault, pues muchos de ellos llevan a creencias disparatadas y a falsos conceptos del mundo y de la vida; Almendros es partidario de deslindar lo verdadero de lo falso, la realidad y la fantasía, siguiendo la línea de los cuentos de Martí en *La Edad de Oro*. Lo que Almendros pide es que los cuentos para niños, con mayor o menor grado de fantasía, estén anclados en la vida real. De ahí que se oponga a la evasión, sea por la vía del cuento meramente fantástico, sea por la vía de la literatura edificante y falsamente realista, pues o bien se dirige reductoramente a nobles y príncipes, en la Edad Media, o bien, mas tarde, cobra tintes idealistas presentando una realidad amañada y mistificada (campesinos de vida únicamente alegre y feliz, por ejemplo, lejos de la dura realidad). Frente a tales evasiones, Martí relata hechos de la vida real y en un estilo sencillo, que tiende a ser directo, que es otro buen criterio para la literatura infantil que desea Almendros, el cual se opone, asimismo, a los cuentos que se complacen en la tristeza y el dolor de

las criaturas abandonadas u oprimidas y a la literatura deshumanizada, desrealizada, aséptica. Almendros quiere un cuento infantil propio del momento. Puesto que el ser humano cambia a través del tiempo, habrá que desarrollar la imaginación del niño alejándola de las visiones míticas y maravillosas de épocas pasadas y anclándola en los descubrimientos científicos modernos, llenos de nuevas maravillas: "Todo un mundo de imaginaciones ante las que resultan pobres las imaginaciones de los bardos medievales" (143). Es lo que hizo Martí en su tiempo.

Instrucción y recreo es, según Almendros, otro criterio básico en la composición de *La Edad de Oro*, siguiendo la vieja máxima horaciana de *prodesse et delectare*. Almendros se opone tanto al arte por el arte como al libro que bajo la capa de recreativo pasa su programa de instrucción. La literatura que propugna es la que combina sensibilidad e inteligencia, "una literatura en que la belleza no se consiga en menoscabo de la verdad, o que pretenda basarse en la insinceridad y la mentira" (159), con el eje-guía de Martí, cuya literatura para niños está basada en la verdad. La literatura moralizante queda fuera, asimismo, de una literatura apropiada para niños, pues "el comportamiento moral es esencialmente acción, y acción vivida, propia" (177), como bien sabía Martí, que no se quedó "en el mero consejo o en la sola evocación de heroísmos para influir en la conducta moral", sino que invocó la necesidad de hacer el bien, no sólo de ser espectador" (178-179). Los héroes que proyectó Martí (Bolívar, Hidalgo, San Martín, Las Casas) son héroes verdaderos, en contraste con los que aparecían en las revistas de aquellos años 50, creados no por la realidad, sino por "los explotadores de fáciles ilusiones" (184) (Tarzán, Supermán, etc.).

Está pensando ahora Almendros en la juventud más que en los niños. Y para ella quiere -como antes para los lectores más pequeños- una literatura de nuevos horizontes que parta de las múltiples realidades del mundo moderno. Uno de los grandes méritos de Martí fue el "haberse adelantado medio siglo en la ruta de aflorar el temblor de lo misterioso y de maravilla, no del fondo de lo imaginario y fantástico tradicional, sino de la realidad y la vida, cantera inagotable de sorpresas, de admiraciones y de goces" (210), como mostró en tres capítulos de *La Edad de Oro* titulados "La Exposición de París", "Historia del tenedor y la cuchara" y "La Galería de las máquinas". Esta literatura asentada en la realidad da a la literatura de Martí para niños y jóvenes un carácter anticonformista, anticonvencional y sincero, pues se apartaba de la literatura para niños de su tiempo que o esquivaba los problemas reales de la vida (literatura formalista o deshumanizada) o se refería a ésta de modo convencional, con lugares comunes muchas veces ajenos a la realidad (literatura falsamente moralizante).

Parece que Martí pensó en incluir en su revista, junto a sus propios textos para niños, textos escritos por los propios niños. El proyecto no cuajó, sin duda por la corta vida de *La Edad de Oro*. Almendros piensa que para los primeros años de lectura (niños, dice, de 7 a 9 años) serían los textos de los propios niños los más

apropiados. Da sus razones y ejemplifica con una literatura de niños surgida “medio siglo después de que Martí pensara en ella” (240); este capítulo final del libro de Almendros se sale fuera de los intereses que nos mueven en este trabajo.

En 1965, Herminio Almendros se acercó de nuevo al héroe cubano en *Nuestro Martí*, esta vez como biógrafo. Habían pasado seis años desde el triunfo de la revolución—Castro entró en La Habana el 8 de enero de 1959—y la juventud americana y, más concretamente, la cubana, necesitaba defender y sostener los ideales revolucionarios; la figura ejemplar de José Martí debía servir de espejo y guía, y es indudable que tal es el enfoque y la función de esta biografía, un enfoque y una función netamente ideológicos, lo que no impide el rigor biográfico año tras año, mes a mes y casi día a día, desde que Martí naciera en La Habana en enero de 1853 hasta su muerte en una acción de guerra que él mismo había preparado, el 19 de mayo de 1895. “Pilar es de fe en la patria y en el sacrificio; guía seguro y ejemplar” (75), afirma Almendros, que destacará, lógicamente, el recto proceder de Martí y “lo que fue siempre su norte y su pasión” (75), el ideal revolucionario que quiso llevar a la práctica: la lucha por la liberación de su país, la lucha revolucionaria. Nada hay en la biografía escrita por Almendros que manche, aunque sea tenuemente, el carácter, el pensamiento o la acción del héroe, espejo sin mácula en el que la juventud de aquellos años podía mirarse. Nobleza de carácter, entereza, inteligencia singular, amplísima cultura, facilidad oratoria, constancia en el trabajo, amistad fiel, ideales por los que entrega su vida..., tales son las virtudes que adornarían su figura, casi desde niño, en que ya siente el dolor de las injusticias (5), y firmemente desde muchacho, pues bajo la acción de su maestro, Rafael María Mendive, ve encenderse en él “la sed de justicia y el ansia de libertad de la patria” (9), hasta el punto de que “el gran empeño revolucionario que haga libre su patria” (9) será el ideal al que Martí consagrará su vida. El biógrafo insistirá en tales ideales “revolucionarios” (34): el “ideal revolucionario” (56), “la empresa revolucionaria” (54), “la fe revolucionaria” (84), “la vida entera dispuesta por entero al servicio de la patria” (68), etc., etc. Martí no redujo su ideal de justicia y libertad a Cuba, sino que lo extendió a todos los pueblos de América (28-29). Cuando en enero de 1881 arriba Martí a Venezuela, “hijo del gran ideal americano era el que llegaba—afirma Almendros—; vigoroso soñador de la libertad y del concierto firme de todos los pueblos hermanos del continente [...]. Él va a proclamar un alto ideal que abarque la libertad y el porvenir de todos los pueblos de nuestra América” (43).

La insistencia en tales ideales “revolucionarios” nos hablan claramente del momento en el que la biografía del héroe fue publicada—después tendría muchas reediciones en Cuba y en México—, cuando la palabra “revolución” era un faro deslumbrante cuya luz había que mantener y defender de poderosos enemigos, los

⁷ Las cifras entre paréntesis aluden a las páginas correspondientes a la edición que manejamos: *Nuestro Martí*. Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 1990.

mismos de los que ya receló Martí: "Las ambiciones rapaces del poderoso país del Norte sobre los pueblos que hablan español" (56) (*vid.* también pp. 61, 79 y 98).

La muerte de Martí en su lucha revolucionaria contra la potencia colonial del momento no supuso el fin de los ideales a los que consagró su vida: "Martí sigue y seguirá vivo para siempre, en la memoria y en el corazón del pueblo. Espejo de humanidad es para todos. La Revolución lo lleva en su entraña" (99). También Almendros se entrañó con la Revolución cubana y participó en ella desde su condición de maestro. Y cuando tuvo que buscar un modelo ejemplar lo encontró en *Nuestro Martí*, con un pronombre abarcador que dice tanto del paradigma universal del héroe revolucionario como de la inmersión de aquel lejano maestro de Sierra-Pambley en la nueva patria que lo acogió y a la que él entregó sus afanes educativos.

Referencias bibliográficas

Alcobé, J. 1975. «Herminio Almendros: un educador para el pueblo». En *Cuadernos de Pedagogía*, num. 3, de Marzo, pp. 30-32.

Almendros, H. 1929. *Pueblos y leyendas*. Barcelona, Seix Barral.

— 1932. *La imprenta en la escuela. La técnica de Freinet*. Madrid, Revista de Pedagogía.

— 1956. A propósito de "La Edad de Oro" de José Martí. *Notas sobre literatura infantil*. Santiago de Cuba, Universidad de Oriente.

— 1960. *Carta a un maestro de una escuela rural*. La Habana, Ministerio de Educación.

— 1965. *Nuestro Martí*. La Habana, Editorial Juvenil.

— 1967. "Notas sobre Martí innovador en el idioma", en *Casa de las Américas*, núm. 41, marzo-abril, 31-44.

Blat Gimeno, A. 1998. *Herminio Almendros Ibáñez. Vida, época y obra*. Almansa, Ayuntamiento.

— y Hernández Sánchez, F. 1995. "Herminio Almendros. Un recuerdo necesario". En *Cuadernos de Pedagogía*, núm. 232, febrero, pp. 69-73.

Cantón Mayo, I. 1995. *La Fundación Sierra-Pambley. Una institución educativa leonesa*. León, Universidad.

Delgado, B. 1997. "Presentación". En *Revista de Educación, Monográfico sobre la Educación y la Generación del 98*, pp. 5-11.

Fusi, J. P. y Niño, A. (Comp.) 1997. *Vísperas del 98. Orígenes y antecedentes de la crisis del 98*. Madrid, Biblioteca Nueva.

Merino, W. 1992. "Los padres de Néstor Almendros en León". *Diario de León*, suplemento cultural "Filandón", 22-3-1992.

Rodríguez, R. 1997. "Una visión cubana del 98". En *Revista de Educación, Monográfico sobre la Educación y la Generación del 98*, pp. 201-220.

Río, A. del y Bernardete, M.J. 1946. *El concepto contemporáneo de España. Antología de Ensayos*. Buenos Aires, Losada.

Vitier, C. 1997. "Nuestro hombre del 98". En *Revista de Educación, Monográfico sobre la Educación y la Generación del 98*, pp. 191-200.